

# NADIE DIGA QUIEN ES QUE SUS OBRAS LO DIRAN.

NOS vemos en el caso de llamar mucho, mucho la atención de los encargados de administrar justicia en este nuestro pobre y malhadado país, sobre algunos hechos recientes, inmediatos, fresquitos, que están, como si dijéramos, con el calor de la hornilla, y que en un tantito que se descuiden los hombres de bien, en menos de un abrir y cerrar de ojos, van á quedar como siempre, como toda la vida, *al estilo del país*, entregados al más cínico desprecio. Hablamos de los últimos robos perpetrados en esta primorosa capital emporio de la América; de los monederos falsos últimamente descubiertos, y que han sido cojidos infraganti con la masa en las manos; de la especie de masonería de la rapiña que se susurra en la sociedad ha sido puesta en evidencia; de las poridades que están saliendo á luz de algunos magnates, señorones de coches de muelles y alfombras turcas, que no valen por ende más que Bigotes ó Pillo Madera; y por último, hablamos, aunque no sea más que para desahogarnos, de todos esos profesores de la perturbación del orden público que se pasean insolentes haciendo gala de su Sambenito.

Declámase día y noche contra la inseguridad personal, y los declamadores, sin pararse en pelillos ni mucho menos estudiar la materia, dan tajos y reveses sobre el gobierno, que siempre es solo y exclusivamente el Lázaro, y nada dicen á los jueces inferiores, ni á los superiores, ni á los supremos, á esos magistrados guardianes por la ley de la seguridad personal, de los sagrados intereses de la sociedad. Y nada dicen tampoco á esta misma sociedad que en parte tiene también la culpa de aquella impunidad de ciertos criminales, porque es fría espectadora de los sucesos, y porque los zánganos y los buitres que le chupan el fruto de sus afanes ó que le destrozan las entrañas, se rapetan tras de sus suntuosos carruajes, se municionan con las monedas de oro que falsificaron ó maladquirieron, y se insultan sin temor á Rey ni á Roque á todos los honrados.

¿Qué escándalo con lo que vamos á decir: pero con esto se corrige el vicio.

De los señores jueces, diremos, por ejemplo, y particularmente de los hechos fresquitos, que los ladrones robaron en una plaza pública, en medio de un numeroso concurso al Sr. D. Javier Heras, empresario de la plaza. Son los mismos dos individuos que en la visita de practicada en Diciembre próximo pasado fueron puestos en LIBERTAD ABSOLUTA por los señores jueces visitantes, quienes sin duda los hallaron INOCENTES, según su conciencia. El robo dizque se encontró y los ladrones también; pero como el primero consistía en especie sonante, por una operación cabalística, se hizo con él un juego de cubiletes entre jueces, alguaciles, y músicos y danzantes, que no hay prestigiador que lo comprenda. Ya los ladrones volverán á soltarse á volar, á guisa de los halcones en la caza de cetrería, y cuando traigan otra presa, si son tan torpes que caen en las garras de los aguiluchos que nunca los buscan, otra visita y otra declaración de inocencia los pondrán tan espeditos como antes y un poquito más duchos.

Respecto de la sociedad, diremos que si ella tuviese el decoro que debe tener: si repeliese de su seno al hombre alevoso que da á otro una puñalada cobarde, con ventaja y á traición, aun cuando los benditos jueces lo condenen (v. g.) á una multa de 100 pesos, otra andaría la fiesta, y ya serviría de ejemplo para otros señores aficionados á contar para sus fechorías con

el compadrazgo de la Suprema Corte. Si la sociedad escupiese en la cara al ministro de hacienda que arruinó la hacienda pública, dejándose cohechar por 300.000 pesos para la célebre conversión de la deuda inglesa: si ahora que el tal ministro ha sufrido la burla de que la mayor parte de dicha suma no se la quiera satisfacer la casa de comercio que la debe, y él no puede reclamarla en juicio porque la tal casa lo amenaza con que aclarará paradas; si sobre esa burla, los hombres de bien rechazaran al ex-ministro maleable del círculo de las decentes relaciones, y los muchachos le aplicasen cada noche una retreta de chiflidos, con esto bastaría para que lo consumiese la rabia, aun cuando los ejecutores de las leyes lo absuelvan de culpa y pena. Si la sociedad señalase en todas partes con el dedo al hombre sin pudor y sin conciencia que perdió para siempre á una pobre niña de once años, sembrando el espanto, el oprobio y la desolación en una honrada familia, en vez de que ese hombre levante como lo hace su cabeza orgullosa, sumiría la cara en el lodo ó se la harían sumir el desprecio y la indignación de la sociedad. Pero muy al contrario, esos personajes son delante de Dios y del mundo, son ricos, ó diputados, ó senadores, ó generales; y á todos insultan, y nadie les dice esta boca es mía, y ellos concluyen sus oraciones cotidianas, loan-do á esta tierra de promisión en que todo pasa y todo se santifica.

Acaba de descubrirse, fabricante de moneda falsa, un tal Elías, ciudadano que se pavonea en las tertulias mexicanas más encoquetadas. El mismo Sr. ha sido convicto de robo de un reloj de bolsa de propiedad de un Sr. Blanco, quien se lo reclamó: el mismo Sr. aparece (en la opinión pública) como uno de los principales coludidos en una asociación para regularizar los latrocinios: el mismo Sr. gasta y derrocha sin que nadie sepa de dónde le viene: el mismo Sr. es pariente inmediato de los hermanos Mossos, y estos han aparecido fallidos varias veces, malversados en el manejo de intereses de la Minería: estos Sres. hacen un papel principal en el peculado del ministro supra-dicho: estos Sres. fomentan partidas de juego: el mismo Sr. falsificaba moneda de oro que pasaba luego al tapete de las partidas: y los dichos Sres., con escándalo de todos, vierten el lujo por todas partes sin tener oficio ni beneficio conocidos.... Aten ustedes cabitos, señores lectores.

Y es gracioso que cuando el Sr. Elías cae en poder de la justicia, pululan por todas partes los empeños de las personas más caracterizadas, y contamos entre ellas hasta el Sr. general Lombardini.

Y este y aquellos, todos son los santanistas, que hacen cuanto pueden por promover una revolución. ¡Todo á bríos, que ya no hay aguantaderas que basten! ¡vaya unos patrioteros!

¿Hasta cuándo veremos un señoron criminal con un grillete, y dos ó tres de levita pendientes de una horca? ¿Pues qué, para los que portan el traje de los caballeros no hay leyes, ni jueces, ni penas posibles? ¡Pobre país! ¡infeliz sociedad mexicana!

Quédenos al menos el consuelo de que presentamos al público estos hechos, para que sean conocidos y esecrados sus autores.

Los amantes de la equidad.

MEXICO: 1851.

IMPRESA DE VICENTE GARCIA TORRES.